



Venido á París para divertirse

— Mi ojo, sí, eso es. La palabra quiere decir: mira mi ojo.
Y todo el mundo quedó convencido de su erudición.

— ¡Ah! amigo mío, no venga V. á verme en este momento, estoy en familia. Imagine V. que me cayeron ayer casi sin prevenirme, y no sabía dónde ponerlos. He dado orden al portero para que diga que estoy en el campo.

Así decía una amable parisiense, cubierta de encajes y con una toca de fular sobre sus dorados cabellos, dorados por los artificios de la química cosmética. Hablaba apresuradamente contando cómo había tenido que improvisar camas en su habitación para todos sus parientes del campo. El hermano, mocetón rojizo, tostado aún por la reciente siega del heno, dormía en un diván del gabinete de tocador, maravillado de los potes, botellas de olor y cepillos montados en marfil, de que estaba rodeado, y cuya existencia no hubiera jamás sospechado. Encontraba todo esto tan bello, que no se atrevía á tocarlo siquiera. Este gabinete estaba, por otra parte, lleno de objetos cuyo uso no adivinaba el pobre campesino. El padre dormía en un colchón tirado en el salón, y en cuanto á la hermana, se le hacía de noche la cama en el cuarto de costura.

En el fondo estos campesinos estaban muy bien hallados en medio de este lujo. Bien alojados, mejor comidos y todo por nada. ¿Qué más podían pedir ni desear? Todo esto les era ofrecido sin explicación, y en su ignorancia íntima lo aceptaban ellos sin comentarios.

Beautiful indeed! Oh! I see! decía una vieja inglesa, simbólica en su forma, sistemática en su lenguaje. Con los pies metidos en unas botinas que parecen estuches de agujas, y el cuerpo hundido en una funda de lustrina blanda y abundante, avanza recta, rígida y pudibunda, *Bedecker* en mano y grandes y redondos anteojos cabalgados en la nariz, semejantes á las antiparras que se ordenan á los recién operados del estrabismo. Mira en torno de sí y consulta su guía, *Perfectly well!* continúa.

la cintura, se pasea muy gentil de su persona, á la manera de un húsar vestido de paisano, con su casquete bordado en la cabeza. Viste todo de negro, como esos tziganos del Szegedin cuyo arco de bronce hace temblar las paredes y espanta á nuestros sencillos rurales que no han oído nunca á Satanás tocar el violín.

Detrás del húngaro, dos japoneses, de cara amarilla y expresión sagaz, departen con bastante viveza. ¿Es reñir? Nadie puede decirlo. Su lengua silba como haría una bola en la ruleta de Monte-Carlo. De repente se detiene uno de ellos muy echado hacia adelante y el codo levantado é indicándose un ojo con el índice de su mano derecha, exclama:

— ¡A Kempee!

Y satisfecho como si acabara de cerrar un debate, continúa su paseo.

Un parisiense que pasaba por allí y se sabía de memoria el Japón, explicando esta palabra japonesa, dice con expresión de malicia:

Pero en el fondo de su alma británica palpita siempre una duda, duda que proviene de su patriotismo. No admira ella, sin una reserva de muy alto valor á sus ojos. Todas esas riquezas que exhibe la Exposición, no son sino una prueba más de que los franceses están celosos de Inglaterra.

La vieja inglesa se sabe de memoria esta frase reciente del duque de Cambridge, que ha dicho: «Inglaterra es una poderosa é importante nación; pero este poder é importancia excitan la envidia de las demás naciones.» Y nuestra inglesa se yergue más aún al recuerdo de este sublime pensamiento y pasa más altiva que nunca ante el pueblo francés, que está celoso y aun envidioso de Inglaterra.

Por otra parte, sus hijos que están muy cerca piensan, como su madre, con su aire y porte que parece decir que el inglés tiene el derecho de creerse en su casa en todas partes.

Sentados todos juntos en un banco del jardín á cubierto del sol por un tinglado de rayas blancas y rojas, están en disposición de almorzar, sirviéndoles de mesa el banco y de mantel un periódico.

Hay en este mantel ruedas de salchichón sobre sendas rebanadas de pan; y solemnes y silenciosos, con el chaquet á cuadros, que se encontrará por la noche en las escaleras de la Opera, con el melón de *bookmakers* por sombrero, con las piernas metidas en pantalones de un azul problemático y los pies en botines de elásticos alcanzados por los calzoncillos, comen con el tenedor de cinco puntas, con los dedos.

Sobrios de movimientos, como de palabras, no se desayunan, se alimentan, con la segunda intención, con la idea fija de pertenecer á una nación «poderosa é importante», que guarda el sacerdocio del patriotismo y de la higiene.

Ahora van á expirar los plazos. Las estaciones están otra vez invadidas de trenes numerosos, largos y lentos, como trenes de balastre, que van á repatriar á estos viajeros á precios reducidos.

Al verlos apiñarse unos sobre otros sin dejar entre sí un espacio vacío, un sitio desocupado, se piensa naturalmente en esos pelotones de reservistas de traslado que montan sin rechistar en esas cajas negras en que se ven pintadas estas palabras cabalísticas:



Meditación sobre la torre Eiffel

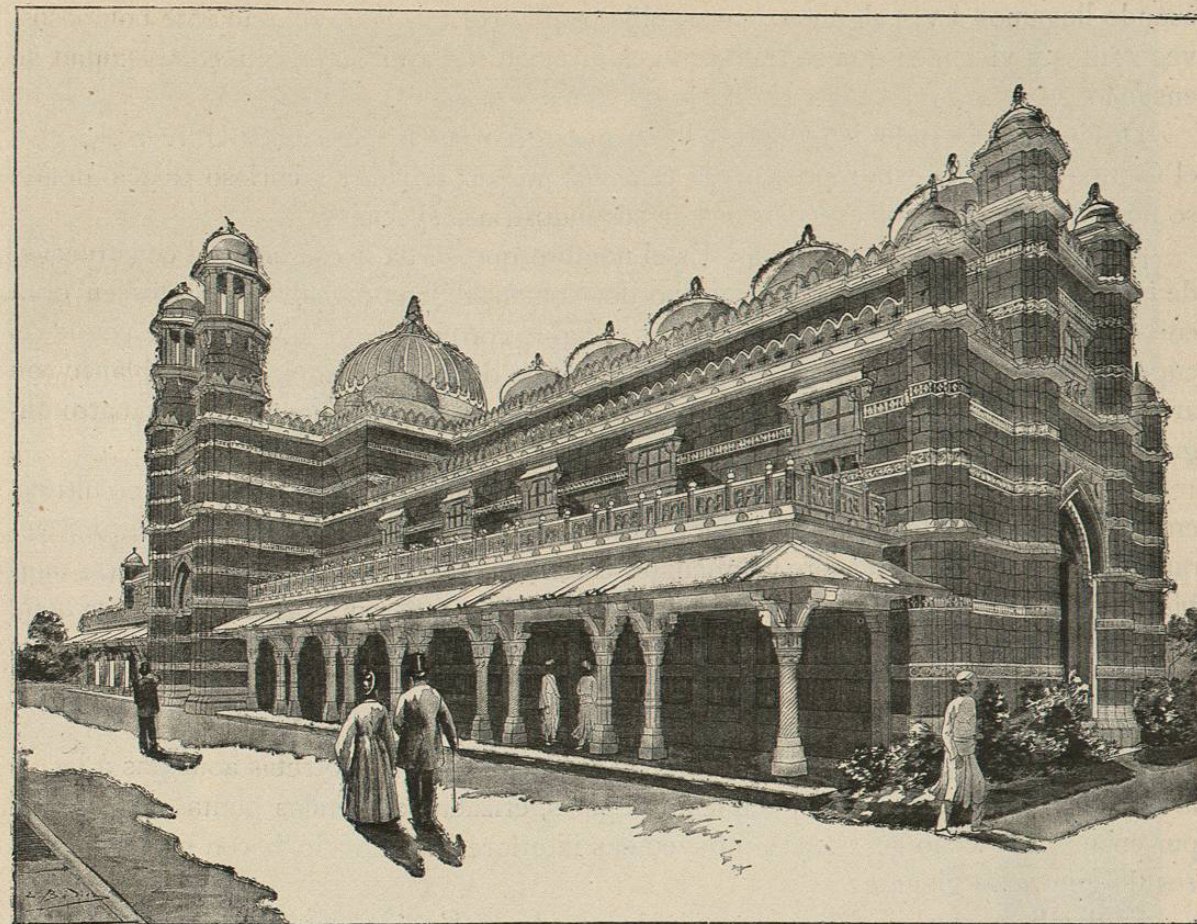
«32 hombres de pie. 6 caballos á lo largo.»

Tampoco rechistan estos *turistas*. Están satisfechos de su viaje considerándose dos veces dichosos, por haber visto la torre Eiffel, en primer lugar, y en segundo por volver á su país.

Ellos, tan gárrulos y ruidosos á la llegada, están ahora taciturnos, pacíficos, fatigados, despeados. Sus líos de equipaje son ahora más abultados que á la salida de casa, siendo ya demasiado pequeños los pañuelos para contener dentro de sus estiradas puntas el cúmulo de regalos, de frioleras, de recuerdos de la Exposición, de que los han cargado sus respectivos dueños.

Y continúan soñando, sueñan en la vaguedad de sus sensaciones y sueñan maravillas. ¡Han pasado á vista de sus ojos tales y tantas cosas! ¿Las recordarán siquiera para contarlas? ¿Quién sabe? Su pobre cerebro está anonadado, vacío á fuerza de haberlo llenado. Esta supervivencia á que París se acomoda, esta fiesta nacional de todos los días y noches, que no fatiga á nadie aquí, los mata á ellos. Los que pudieron apoderarse de un rincón duermen ya, con la cara contra la tabla. Se han guardado los casquetes en los bolsillos, sustituyéndolos con birretes de mal paño azul y rojo, en que luce la torre Eiffel en papel dorado. ¡Cuán felices son! Vuelven á su casa con la torre de 300 metros en la cabeza.

SANTIAGO DE BIEZ.



Fachada del Palacio indio

EL PALACIO INDIO

Siempre debe hablarse con respeto de la India: es la admirable y veneranda antepasada de nuestra humanidad europea. De ella partió todo y todo se encuentra en ella. Michelet la comparaba, en un movimiento de poética elocuencia, á la montaña augusta, cubierta de bosques, de que se hace mención en sus poemas sagrados.

«Bajo árboles gigantescos, una vida superabundante crea árboles secundarios y no sé cuántos escalones de arbustos, de humildes plantas que estos buenos gigantes toleran y sobre las cuales derraman desde sus copas lluvias de flores. Y estos grandes anfiteatros vegetales están muy poblados. En lo alto se ciernen ó revolotean los pájaros de mil colores, los monos se balancean en los columpios de sus ramas inferiores, y la gacela de fina piel aparece en el umbrío fondo. El conjunto no es un caos: las diversidades concordantes se adornan de un encanto mutuo.

»Por la noche, cuando el sol extingue en el Ganges su abrumadora luz, cuando se apagan también los rumores de la vida, la orilla del bosque deja entrever todo este mundo tan diverso y tan unido en la paz del más dulce reflejo, en que todo se ama y canta á la vez.»

Tal es la impresión que nos queda en el alma cuando hemos leído algunos de esos episodios sublimes del *Ramayana* ó del *Mahabarata*, en los cuales se abre como una flor el espíritu indio en medio de los eternos y cambiantes esplendores de la naturaleza, ó